

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**52 MÁRTIRES JESUITAS
DEL BRASIL**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Relato.

Versiones del padre Nieremberg.

Martirio del padre Pedro Diaz y otros once de la Compañía.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La historia de los 52 mártires jesuitas que iban de misioneros al Brasil es apasionante. La inmensa mayoría de ellos eran estudiantes, novicios o hermanos coadjutores y dieron su vida antes que renegar de su fe. Los herejes calvinistas que los abordaron con cinco barcos franceses al servicio de la reina de Navarra mataron sin compasión a los primeros 40 de ellos en Tazacorte en la actual diócesis de Santa Cruz de Tenerife, en las islas Canarias. Los 12 restantes iban en otra nave camino al Brasil cuando fueron interceptados por cinco naves, cuatro francesas y una inglesa, el 14 de septiembre de 1571 y, después de haberse ensañado con ellos, los tiraron al mar.

De este modo fueron en total 52. Los 40 primeros fueron beatificados por el Papa Pío IX. Los otros doce siguen su proceso de beatificación. Lo cierto es que todos sin excepción murieron por Cristo antes de renegar de su fe ante los herejes protestantes, que los apresaron y saquearon de todo lo que como misioneros llevaban al Brasil, con deseos de evangelizar.

Actualmente en Tazacorte en las islas Canarias se celebra cada año el 15 de julio la fiesta del beato Ignazio de Azevedo y sus 39 compañeros mártires. Santa Teresa de Jesús el mismo día que murieron los 40, tuvo una visión en la que Dios le mostró su alegría al ser recibidos solemnemente en el cielo. Ciertamente morir mártires por Cristo fue para ellos una gloria, que solo pudieron comprenderla en el cielo, donde siempre tendrán ese tinte de gloria de haber dado su vida por Cristo. Ser mártir, que en sentido etimológico significa ser testigo, fue para ellos una gloria inmensa. Ellos deseaban servir a Dios como misioneros en el Brasil y llevar así muchas almas al cielo. Dios tenía para ellos otra gran misión: la de ser sus testigos ante los crueles herejes que los mataron. Esto nos puede hacer reflexionar en el sentido de la vida. ¿Para qué sirve la vida sino para darla, para entregarla al servicio de los demás? Ellos la entregaron de otra manera a la prevista, pero no fue de modo inútil o estéril. Dios los hizo intercesores ante sus compañeros del Brasil y desde el cielo han hecho mucho más bien en el campo de la evangelización de ese país que si hubiesen trabajado personal e intensamente en las misiones.

Dios no se deja ganar en generosidad y los premió mucho más de lo que hubieran sido si hubieran evangelizado. Para Dios ellos fueron verdaderos misioneros del Brasil sin haber pisado nunca sus tierras. Es lo que decía santa Teresita del Niño Jesús: *Pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra. Pienso en todo el bien que deseo hacer después de mi muerte, como obtener el bautismo de los niñitos, convertir a los pecadores, ayudar a los sacerdotes, a los misioneros,*

a toda la iglesia ¹. *Después de mi muerte haré derramar sobre el mundo una lluvia de rosas* ². Y al padre Roulland, su hermano espiritual, le escribía en una carta del 14 de julio de 1897: *Hermano mío, lo presiento, os seré mucho más útil en el cielo que en la tierra.*

Bendito sea Dios en sus santos y mártires. Que Dios nos dé la fortaleza necesaria para ser sus testigos en el mundo y, antes de renegar de la fe, seamos capaces de morir por Cristo para vivir con él eternamente en el cielo.

RELATO

El padre Ignacio de Azevedo nació en 1527 en Oporto (Portugal). Su padre fue don Manuel de Azevedo y su madre doña Francisca de Abreu. Era una familia noble y rica. Él era hijo ilegítimo. Fue legitimado a los 12 ó 13 años por el rey don Juan III. Educado en la Corte portuguesa vivió un tiempo metido en los negocios de revueltas y contiendas. Cuando se dio cuenta de su mal camino, pensó en hacerse religioso dominico o de los descalzos, porque los tenía por más perfectos. Sin embargo, después de oír la predicación del padre jesuita Francisco Estrada, hizo en Coimbra Ejercicios espirituales durante 40 días y decidió ser jesuita. Entró en la Compañía de Jesús en el noviciado de Coimbra el 23 de diciembre de 1548 a los 21 años de edad. Como ya tenía estudios de Humanidades, siguió estudiando filosofía y después continuó con la teología en Coimbra.

Lo atraían las misiones y se ofreció primero para Angola y el Congo. Después para la India y el Japón. Fue nombrado confesor y estuvo en la iglesia de San Antonio de Lisboa durante cuatro o cinco meses hasta que el padre Simón Rodríguez lo nombró primer Rector del Colegio de San Antonio de Lisboa. Allí estuvo durante dos años. Después lo nombraron ministro de la Casa profesa de San Roque, también en Lisboa, y después Rector en Coimbra.

En 1556, a la muerte de San Ignacio, el padre Ignacio quedó como viceprovincial en Portugal y visitó todas las Casas de la Compañía en este país. En 1560 fue nombrado primer Rector del reciente Colegio fundado por él en la ciudad de Braga. En 1565 fue nombrado elector para la Congregación General. Y el nuevo general, san Francisco de Borja, lo nombró visitador de las Tierras de la Santa Cruz (Brasil) con toda la autoridad del General, encargándole que al término de su misión regresase a Roma a informarle de viva voz.

¹ Inés de Jesús, *Teresianum*, Roma, 1976, proceso apostólico, p.176.

² María del Sagrado Corazón, Proceso ordinario informativo, *Teresianum*, Roma, 1973, p. 248.

Con otros siete compañeros se embarcó en junio de 1566 hacia Brasil en la Armada de Cristóbal Cardoso. El 23 de agosto llegó a la ciudad de Bahía, sede del obispo, del gobernador y del Colegio de la Compañía. Después viajó a todas las residencias de jesuitas. Nombró provincial del Brasil al padre Manuel Nóbrega y con él y el santo José de Anchieta, también jesuita, participó en las fundaciones de las ciudades de Sao Paulo y Río de Janeiro. En total estuvo dos años en Brasil. El padre Ignacio fue elegido como procurador en Roma. Regresó a Portugal y en mayo de 1569 salió para Roma a informar al General y al Papa sobre las misiones del Brasil. Impresionó al Papa san Pío V y al General, San Francisco de Borja, con sus noticias y con el problema de fondo de la escasez de misioneros. El Papa le concedió la gracia de darle una copia de la imagen de la Virgen venerada en la Basílica de Santa María la Mayor de Roma, y san Francisco de Borja le dio licencia para reclutar misioneros para el Brasil adonde regresaría con el cargo de provincial. Pasó por España y llegó a Coimbra con nueve jesuitas españoles. Después en Portugal reunió otros. En total eran 90 disponibles en principio, algunos eran todavía estudiantes de filosofía o teología, otro grupo era de novicios y otros hermanos coadjutores jesuitas. Los reunió en una casa de campo del Colegio de Lisboa y allí los estuvo preparando para su futura misión.

El 5 de junio de 1570 partió la flota con siete naves que salían de Lisboa. Contando con algunos laicos en total iban 100 personas a las misiones del Brasil. En la nave capitana iba don Luis Vasconcelos, nuevo gobernador del Brasil, con el padre Pedro Díaz y 20 compañeros jesuitas. En otra nave iba el padre Francisco de Castro con tres hermanos coadjutores y en la nave Santiago, cargada con mercancías para las Canarias, Cabo Verde y Brasil, iba el padre Ignacio con 44 compañeros jesuitas. Llegaron sin novedad a la isla de Madeira el 12 de junio. Allí los mercaderes de Oporto insistieron en ir a la isla de La Palma (Canarias) para descargar parte de las mercancías y tomar otras. La nave Santiago, en la que iba el padre Ignacio con sus compañeros, hizo este viaje en solitario. Antes de embarcarse, el padre Ignacio, comprendiendo el peligro de los piratas, les dijo a sus compañeros que los que desearan podían quedarse para ir en otra nave. Y esto hicieron cuatro novicios.

Continuaron el viaje a las Canarias el 30 de junio. A los siete días avistaron la isla de la Palma pero no pudieron entrar en el puerto por el viento contrario y se desviaron hasta la ensenada de Tazacorte. Allí vivía don Melchor de Monteverde, amigo del padre Ignacio desde niños. Melchor agasajó a todos los jesuitas y los llevó a su casa. Estuvieron cinco días en Tazacorte. Melchor les aconsejó ir por tierra hasta la capital, santa Cruz de La Palma, y les ofreció cabalgaduras pues ir por nave tendrían que hacerlo más días por causa del viento, además del peligro de los piratas. El padre Ignacio se inclinó a aceptar el ofrecimiento, pero decidió postergar la decisión hasta el día siguiente. Por la

mañana celebró la misa y todos comulgaron. Era el día 13 de julio de 1570. Se cuenta que en el momento en que el padre Ignacio sumió el cáliz tuvo la revelación de su próximo martirio. Parece que en ese momento apretó los dientes y dejó una pequeña marca en el cáliz, que era regalo del Papa san Pío V. De hecho tomó la decisión de seguir el viaje por mar, corriendo todos los riesgos, pensando que lo único que podían hacerles los piratas era llevarlos directamente al cielo.

Al día siguiente, 14 de julio, zarpó la nave Santiago de La Palma, costeando la isla. El día 15 la nave del corsario Jacques Sourie, vicealmirante de la reina de Navarra, doña Juana de Albret, a bordo del navío *Le prince* los interceptó. Los marineros y algunos seglares que iban de pasajeros se dispusieron a defenderse, pero eran cinco naves que la rodearon. Se lanzaron al abordaje y sucumbieron ante la gran superioridad. El padre Ignacio los animaba a todos a defenderse y a dar la vida por Cristo, estando de pie en el centro de cubierta, abrazando con fuerza un cuadro de la Virgen, obsequio del Papa Pío V. Lo hirieron de muerte y los herejes calvinistas iban matando a todos los que encontraban vestidos de jesuitas y los tiraban al mar. Respetaron a los marineros y seglares pasajeros. A los jesuitas les gritaban: *Mueran los perros papistas. Hay que echarlos al mar.* Antes de morir, el padre Ignacio, dijo, según los testigos: *Muero por la Iglesia católica y por lo que ella enseña.* Y a todos los suyos les dijo: *No tengan miedo, los espero en el cielo.*

Algo digno de anotarse es que un sobrino jovencito del capitán de la nave Santiago, que desde el principio del viaje estaba unido al grupo de jesuitas, siendo seglar, se sentía inclinado a ser como ellos y asistía a sus rezos y se sentía animado con sus reflexiones. Al ver la muerte de sus amigos, decidió ponerse un hábito de los que habían desechado los herejes, quienes al verlo vestido de jesuita, también lo degollaron. Los herejes solo respetaron la vida a Juan Sánchez, un hermano jesuita que era cocinero, porque querían que fuera su cocinero a bordo. De esta manera murieron, además del padre Ignacio, 38 compañeros y el sobrino del capitán. En total 40. Se cuenta que el cuadro de la Virgen que tenía en sus manos el padre Ignacio antes de morir y que no pudieron quitárselo, aunque lo intentaron los calvinistas, se lo entregó a un devoto portugués que después lo entregó a los padres del puerto de Funchal y ellos la enviaron al colegio de Bahía en Brasil, donde todavía se conserva y donde se observan todavía las huellas de sangre del padre Ignacio. De todas las demás cosas sagradas: ornamentos, imágenes, reliquias, cálices etc., que iban para la misión de Brasil, se apropiaron los herejes y muchas imágenes las profanaron o tiraban al mar, al igual que otras cosas que no les interesaban.

VERSIONES DEL PADRE NIEREMBERG

Envió el santo Padre Francisco de Borja al Padre Ignacio de Acebedo, portugués, de la ciudad del Porto (varón no menos ilustre en santidad que en sangre), a la provincia del Brasil, con una lucidísima escuadra de soldados de Cristo, que extendiesen el Evangelio por aquellas dilatadas tierras; la cual constaba de sesenta y nueve de la Compañía, conforme a la orden que se le había dado. Repartidos en tres naves, en la una, llamada Santiago, tomó consigo cuarenta y cuatro y en otra iban otros y por superior de ellos el Padre Pedro Díaz: a los 5 de Junio, con don Luis de Vasconcelos, caballero cristiano y valeroso, que con las tres naves y otras cuatro iba por gobernador del Brasil y muy contento por llevar en su compañía tantos y tan observantes religiosos. Los cuales en su navegación iban con tanto concierto como si cada una de las naves fuera un colegio de la Compañía. Tenían sus horas señaladas de oración, examen de conciencia, lección a la mesa, cantaban cada día las letanías y Salve Regina a Nuestra Señora. Enseñaban a los marineros, soldados y pasajeros la doctrina cristiana, y les predicaban y leían vidas de santos y les daban rosarios, imágenes y libros devotos.

Con este orden y concierto llegaron todas las naves a la isla de Madera, de donde fue necesario que la nave Santiago en que iba el Padre Ignacio Acebedo, con sus compañeros, se apartase de las demás y fuese sola a la isla de Palma, que es una de las Canarias. Habiendo de partir llamó el Padre Ignacio a todos sus compañeros y díjoles que creía que en aquella navegación no faltarían corsarios herejes que los viniesen a buscar, y por todo lo que podía suceder convenía que fuesen muy apercebidos y resueltos a morir por Cristo. Y si por ventura había alguno entre ellos que no se sintiese con este ánimo y esfuerzo, y desease quedarse con las otras naves, que él gustaría mucho de ello. Entre todos los cuarenta y cuatro que él llevaba solamente hubo cuatro (que eran novicios y después salieron de la Compañía), los cuales mostraron flaqueza y claramente dijeron que como hombres temían aquel peligro que el Padre les ponía delante, y le rogaron que los dejase en la isla de Madera, y así quedaron. Los demás se ofrecieron a cualquier trabajo y peligro y siguieron a su provincial, y ellos y los demás que iban en la nave, por aviso del Padre, se confesaron antes de salir del puerto y recibieron el cuerpo de nuestro Señor, la víspera de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y el Padre les repartió algunos Agnus Dei y cosas santas que traía de Roma, aparejándose todos para cualquier peligro de muerte.

Partieron los de la Compañía muy gozosos y el Señor reveló a uno claramente la corona del martirio que le aguardaba. Sus pláticas familiares eran del martirio y hablando entre sí decían: “¡Oh, si Dios nuestro Señor fuese servido que encontrásemos por este mar con quien, por causa de la fe católica nos quitase las vidas! ¡Qué dichosa suerte y qué alegre día sería para nosotros!

¡De cuántos y cuan crueles enemigos nos libraríamos!”. Pero señaladamente el Padre Ignacio de Acebedo, desde que partió de la isla de Madera, le oían los hermanos dar unos suspiros muy encendidos, repitiendo muchas veces: “¡Oh, si Dios nos hiciese, hermanos, tan señalada merced que muriésemos por su amor!”. Cumplióle el Señor su santo deseo, porque cayeron en poder de herejes, que con gran odio de la religión católica les mataron, como ya lo esperaba el siervo de Dios por inspiración divina, porque andando todos muy encendidos en deseos del martirio, ya que estaban muy cerca del puerto de la Palma, vieron venir sobre sí cinco velas francesas, en las cuales venía Jaques Soria, famoso corsario y criado de la que se decía reina de Navarra, el cual con su señora hacían profesión de herejes y capital enemigo de católicos. Venía en un galeón grande y poderoso, con mucha artillería y gente. El Padre Ignacio, como vio el peligro, conoció que esto era lo que le decía antes su corazón y lo que el Señor daba a entender. Después de haber animado a la gente que venía en la nave a pelear y morir por la fe, mostrándoles que no podían dejar de tener victoria, o venciendo a los enemigos o muriendo a manos de los herejes por Jesucristo, sacó el retrato que traía de Roma de la imagen de nuestra Señora, que pintó San Lucas, y volvióse a sus hermanos, que estaban cantando la letanía, pidiendo con vivas lágrimas misericordia y perdón de sus pecados a Dios, y con alegre rostro y pecho esforzado les dijo: “Ea, carísimos hermanos, el corazón me da que hoy en este día, así como estamos, habemos de ir todos a poblar el cielo con Jesucristo nuestro Redentor, y con la gloriosa Virgen María su Madre y toda aquella bienaventurada compañía. ¿No veis cuan mejorados seremos, pues en lugar del Brasil tomaremos puerto en el cielo? Pongámonos en oración. Hermanos, y hagamos cuenta que esta es la última hora que Dios nos da para merecer y para aparejarnos a morir por su amor”.

Levantaron todos las manos y los ojos llenos de lágrimas al cielo, diciendo en voz alta: “Hágase así, Señor; cúmplase en nosotros vuestra santa voluntad, que aquí estamos todos aparejados a dar la sangre por vos”. Llegaron los herejes y los aferraron con la nave Santiago, y aunque con alguna resistencia y muerte de los suyos, la entraron y rindieron. Como Jaques Soria supo que había en ella Padres de la Compañía de Jesús, mandó que los matasen a todos sin quedar ninguno, diciendo a grandes voces: Mueran, mueran los papistas que van a sembrar falsa doctrina al Brasil. Después de rendida la nao, llegándose el mismo Jaques a ella desde su galeón, dijo: Echad a la mar esos perros jesuitas, papistas y enemigos nuestros. Al mismo punto que oyeron este mandato de su capitán, arremetieron sus soldados (herejes calvinistas como él) a los nuestros, desnudándoles sus pobres sotas y dándoles muchas heridas, especialmente a los que eran sacerdotes y tenían corona abierta en la cabeza, y cortándoles a algunos los brazos, los echaron al mar. Pero porque el bendito Padre Ignacio de Acebedo, como valeroso soldado de Cristo y Padre y capitán de los demás, los estaba animando con la imagen de nuestra Señora en las manos, y les decía:

“Muramos, hermanos, alegremente por amor de Dios y por la confesión que estos sus enemigos impugnan”, uno de los herejes descargó sobre su sagrada cabeza una fiera cuchillada, y el animoso Padre, sin retirarse ni moverse de su lugar le esperó, y allí le dieron tres lanzadas conque cayó, diciendo en altas voces: “Séanme los hombres y los ángeles testigos, que muero por defender la santa Iglesia romana, y todo lo que ella confiesa y enseña”. Y vuelto a sus compañeros y abrazándolos con una singular caridad y alegría les decía: “Hijos de mi alma, no tengáis miedo a la muerte; agradeced la misericordia que Dios os hace en daros fortaleza para morir por Él. Y pues tenemos tan fiel testigo y tan liberal remunerador, no seamos pusilánimes ni flacos para pelear por el Señor”. Dichas estas palabras expiró. Quisieron los herejes sacarle de las manos la imagen que tenía de nuestra Señora, mas nunca pudieron. Al hermano Benito de Castro, que estaba con un devoto crucifijo, y mostrándolo decía: “Yo soy católico e hijo de la Iglesia romana”, le atravesaron con tres balas de arcabuz, y viendo que todavía estaba en pie y perseveraba en su confesión, le dieron muchas estocadas, y antes que expirase le echaron al mar. A otro hermano, que se llamaba Manuel Álvarez, el cual, encendido en vivas llamas de amor de Dios, deseaba morir por Él, y reprendía a los herejes su ceguera, le hirieron el rostro, y tendiéndole en tierra le quebrantaron las piernas y los brazos, moliéndole los huesos, y para que pensase más no le quisieron luego acabar de matar, y él, volviendo los ojos serenos a sus hermanos, les dijo: “Tenedme, Hermanos, envidia y no lástima, que yo confieso que nunca merecí de Dios tanto bien como me hace en estos tormentos y muerte; quince años ha que estoy en la Compañía, más de diez que pido esta jornada del Brasil y me aparejo para ella, y con sola esta dichosa muerte me tengo por muy bien pagado de Dios y de la Compañía por todos mis servicios”. Y estando ya boqueando le echaron al mar. Y porque hallaron a dos hermanos haciendo oración de rodillas delante de las imágenes que ellos tanto aborrecen, con un diabólico furor y rabia arremetieron contra ellos, y con los pomos de las espadas quebraron los cascos a uno de ellos, que se llamaba Blas Ribero, el cual, faltados los sesos, cayó luego muerto, y al otro hermano, que se decía Pedro de Fonseca, le dio un hereje con la daga tal puñalada por la boca, que le cortó la lengua y le derribó una quijada. Y al Padre Diego de Andrada (que muerto el Padre Acebedo era el principal y cabeza de los demás), porque vieron que era sacerdote y que había confesado algunos de sus compañeros, y que les exhortaba y decía: “Hermanos, aparejad vuestras almas, que muy cerca está vuestra redención”, dándole muchas puñaladas, medio vivo le lanzaron al mar. Cuando esto pasaba estaban enfermos en sus camas dos hermanos, cuyos nombres eran Gregorio Escribano y Álvaro Méndez, y aunque pudieran disimular y echarse quedos, no obstante, con el deseo que tenían de morir por Cristo, se levantaron, y echadas sus sotanas sobre las camisas, así, descalzos y medio desnudos, se pusieron entre sus hermanos, por no perder tan buena ocasión, y así murieron con ellos. Habían llevado los herejes a otro hermano, llamado Simón de Acosta, al galeón de

Jaques, entendiendo que era hijo de algún caballero o persona principal, porque en el gesto lo parecía, y era mozo de diez y ocho años, muy bien dispuesto. Llamóle aparte Jaques, y preguntóle si él era también de los Padres jesuitas, y aunque negándolo pudiera escapar con la vida, no quiso contestar sino que lo era, y compañero en la religión y hermano de aquellos que morían por la fe católica, apostólica y romana, lo cual indignó tanto a Jaques, que le hizo luego degollar y arrojar al mar.

Estaba la nao tan maltratada de la artillería, que temían se fuese a fondo, por la mucha agua que hacía. Para desaguarla juntaron los herejes a los hermanos que habían quedado y, dándoles muchos bofetones y pescozones, los echaron a la bomba. No duró mucho este trabajo, porque el corsario Jacques, como supo que estaban vivos, envió a decir desde su galeón: “Mueran los papistas, que van a sembrar falsas doctrinas al Brasil; y llegando él mismo con su navío más cerca, dijo: “Echad a la mar esos perros jesuitas”. Al mismo tiempo que oyeron esto sus soldados y herejes calvinistas, arremetieron a los nuestros, y desnudándolos de sus pobres sotanas, a unos daban de cuchilladas, a otros de estocadas, a otros de puñaladas, y de esta manera los arrojaron todos al mar, y con ellos el cuerpo del bendito Padre Ignacio, que hasta entonces estuvo tendido en el navío. Fue cosa maravillosa, que vieron todos los marineros, ir aquel santo cuerpo sobre el agua, tendidos los brazos en forma de cruz, el tiempo que con su vista pudieron alcanzar a divisarle, y no era mucho que quien en el discurso de su vida la había tenido siempre conforme a la misma cruz, quedase después de muerto hermoñado su cuerpo con esta figura. De todos los cuarenta compañeros que habían entrado en la nao Santiago con el Padre Ignacio Acebedo no quedaba más que solo uno, que se decía Juan Sánchez, al cual dejaron los herejes vivo porque, sabiendo que servía de cocinero a los demás, le guardaron para servirse de él en la cocina, y estuvo con ellos hasta que volvieron a Francia, de donde nuestro Señor le libró para que fuese testigo de vista y contase lo que de la muerte de sus compañeros queda referido; aunque no fue él solo, sino otros también que se hallaron presentes y después dieron relación de todo lo que había pasado.

Pero para que el número fuese justo y hubiese cuarenta coronas de la Compañía que habían entrado en aquella nave con deseo de morir por Cristo, en lugar de este hermano Juan Sánchez que se escapó, dio el Señor otro que se llamaba San Juan, que era mancebo virtuoso y honrado, sobrino del capitán de la misma nave, el cual comenzó a aficionarse tanto a los hermanos de la Compañía que pidió ser recibido en ella. Y aunque el Padre Ignacio no le recibió, él no se apartaba de su lado ni dejaba de hacer la oración y penitencia que veía hacer a los hermanos, y se tenía por uno de ellos y como si lo fuese se trataba. Al tiempo que los herejes apartaban a los de la Compañía de los seglares para matarlos y echarlos al mar, conforme al mandato del corsario, él

se pasó a su banda y sin hablar palabra se dejó llevar a la muerte para entrar por medio de ella en la Compañía de los bienaventurados del cielo; de manera que si contaban este San Juan por de la Compañía fueron cuarenta los que murieron de ella a los 15 días del mes de Abril del año 1570, cuyos nombres no es razón que callemos, pues están escritos en el libro de la vida, y fueron los siguientes: El Padre Provincial Ignacio de Acebedo, Padre Diego Andrada, Antonio Suárez, Benito de Castro, Juan Fernández de Lisboa, Francisco Álvarez Cobillo, Domingo Hernández, Manuel Álvarez, Juan de Mayorga, aragonés, Alonso de Baena, del reino de Toledo, Gonzalo Enríquez, diácono, Juan Fernández de Braga, Alejo Delgado, Luis Correa de Evora, Manuel Rodríguez de Valconete, Simón López, Manuel Hernández, Álvaro Méndez, Pedro Muñoz, Francisco Magallanes, Nicolás Diney de Berganza, Gaspar Álvarez, Blas Ribero de Braga, Antonio Hernández de Montemayor, Manuel Pacheco, Pedro de Fontaura, Simón de Acosta, Andrés González de Viana, Amaro Vaz, Diego Pérez, Juan de Baeza, Marcos Caldera, Antonio Correa del Puerto, Hernán Sánchez, de la provincia de Castilla Gregorio Escribano, de Logroño, Francisco Pérez de Godoy, de Torrijos, Juan de Zafra, de Toledo, Juan de San Martín, de junto a Illescas, y Esteban Zuraine, vizcaíno. Cuando este hermano salió de Plasencia para esta jornada dijo al Padre José de Acosta que era su confesor, que iba muy contento al Brasil porque estaba cierto que había de morir mártir. Y preguntado cómo lo sabía contestó que era muy cierto porque así se lo había revelado Dios.

MARTIRIO DEL PADRE PEDRO DIAZ Y OTROS ONCE DE LA COMPAÑÍA

Para cumplimiento de esta historia añadiré lo que otros escritores de la vida del siervo de Dios, Francisco de Borja, también añaden, y es, que en otro navío tuvieron otros doce de la Compañía semejante dicha; porque algunos religiosos de los que llevaba el Padre Acebedo al Brasil se quedaron con el Padre Pedro Díaz en la isla de la Madera, y no son menos dignos de memoria que los pasados, pues los trabajos que padecieron por Cristo no fueron menores. Pasaron grandes tempestades que les derrotaron por diferentes puertos en las islas de Barlovento, Santo Domingo y Cuba. Llegó la nave del Padre Pedro Díaz a la isla de Cuba, toda destrozada hasta el puerto de Santiago, que sin tener otra nave la hubieron de dejar; tan perdida estaba. Y así fueron los religiosos a pie y descalzos y en tiempo de grandes lluvias por pantanos y sin hallar que comer, hasta que después de tres días toparon en otro puerto una embarcación descubierta toda al cielo, que no tenían donde defenderse, ni de las aguas, ni de los vientos. Y así, no sólo su corto matalotaje, sino los mismos vestidos que traían puestos se les pudrieron. Con este trabajo llegaron a la Habana, habiendo

andado con el trabajo que hemos dicho sesenta y cuatro leguas. De esta manera ejercitaba el Señor a sus siervos y les disponía para la corona del martirio, y ellos tenían tan grande caridad que nada les parecía mucho padeciéndolo por Dios. De la Habana tornaron a las Terceras, adonde hallaron a D. Luis de Vasconcelos y el Padre Francisco de Castro, con otros cinco compañeros; allí se recogieron catorce de la Compañía con el Padre Pedro Díaz en la nave capitana del gobernador D. Luis de Vasconcelos, el cual fue forzado a dejar las otras naves que llevaba por la mucha gente que se le había ido y muerto, y con la que le había quedado armar bien una sola nave, y con ella se partió el 6 de septiembre del año 1571 de la isla Tercera para el Brasil. Habiendo navegado con prósperos vientos ocho días, descubrieron a deshora cinco naves de alto bordo, cuatro francesas (de las cuales venía por capitán Juan Cadavillo, francés, tan grande hereje y tan cruel enemigo de los católicos como Jaques Soria) y una de ingleses, y todas de corsarios, herejes y enemigos capitales de nuestra santa religión. Muerto el capitán, rindieron los enemigos la nave y se apoderaron de ella y entraron con gran furia en un aposentillo, donde el Padre Castro oía a la sazón de penitencia al maestro de la nave, que estaba herido y para expirar. En viéndole, conocieron que era sacerdote católico y que administraba el sacramento de la confesión, que ellos tanto aborrecen, y con grande rabia dieron en él y con muchas estocadas y heridas le acabaron. Lo mismo hicieron al Padre Pedro Díaz, que también había estado hasta aquella hora confesando y había acudido donde estaba el Padre Castro, y al hermano Gaspar Goes, que por ser mozo de tierna edad le había mandado el Padre que no se apartase de su lado. Los otros once que quedaban vivos se juntaron a consolarse y esforzarse unos a otros para morir constante y alegremente por la fe católica. A todos así como estaban, después de haberlos todo aquel día ultrajado, dándoles de bofetones, maltratado con mil escarnios, les ataron los herejes las manos atrás y los cerraron en un aposento y les pusieron sus guardas. Mas porque el hermano Miguel Aragonés, al tiempo que le ataron las manos, dio un gemido del dolor que sintió (por estar malamente herido en un brazo) echaron mano de él y de otro hermano que estaba a su lado, llamado Francisco Paulo, y dieron con ellos en las ondas del mar, donde constantemente acabaron. Los demás estuvieron aquella noche atados, oyendo grandes baldones e injurias contra sí y horribles y espantosas blasfemias contra Dios nuestro Señor y contra su Iglesia, que aquellas furias infernales vomitaban. Venido el día, la primera acción que hicieron los herejes fue condenar a muerte a todos los jesuitas, sus grandes enemigos, que así llaman y por tales tienen a los de la Compañía. Al principio determinaron de colgarlos a todos, pero después, entendiendo que podrían sacarles grandes riquezas de oro y plata (que ellos pensaban que llevaban de Portugal, para fundar y arreglar las iglesias en el Brasil), se detuvieron hasta que se desengañaron. Con las espadas desenvainadas les amenazaban y decían: “Malditos papistas, aquí habéis de

perecer todos”. Ninguna humanidad usaron con ellos, dejándoles en ayunas aquella noche y día.

Mandó el capitán Cadavillo, que dejando en aquella nave dos, que eran el hermano Diego Garaballo y el hermano Pedro Díaz, (del mismo nombre que el Padre que había ya muerto), los cuales también mataron después, a los demás llevaron a su navío. Aquí empezaron de nuevo los malos tratamientos e injurias; llamábanles perros, ladrones, embusteros y engañadores. Decían los herejes: “Por estos jesuitas queda que no haya paz en el mundo. Ellos contaminan a Alemania, Francia, Brasil y a todo el mundo con su doctrina falsa”. Los siervos de Dios a todas estas palabras generales e injurias propias callaban con gran paciencia, como reses que llevaban al matadero. Pero procediendo las sacrílegas bocas de los herejes a decir mal del Sumo Pontífice y muchas blasfemias contra los santos y contra los sacramentos de la Iglesia, principalmente de la Eucaristía, les resistían, respondiéndoles con gran valor. Los herejes no lo pudieron sufrir, cargaron sobre ellos muchos bofetones, puñadas y golpes, principalmente sobre los que tenían corona abierta, en las cuales les daban como en yunque de herrero. Al hermano Pedro Fernández, que era novicio, pero de gran fervor, le quitaron la sotana al entrar en el navío y se quedó en calzas y en jubón, el cual temiendo que le tuviesen los demás por seglar y así careciese de la palma del martirio, procuró con la modestia que siempre guardaba dar a entender que no le faltaba hábito de la Compañía, y así, andando sus ojos bajos e inclinada la cabeza con gran compostura, no se apartaba un punto de los demás. Enfadados los herejes de su rara modestia, le tomaron y por fuerza le alzaban la cabeza, dándole muchas bofetadas y forzándole a que abriese los ojos. Pusiéronle también dos palos debajo de la barba para que tuviese levantado el rostro. Decíanle: “Perro, levanta la cabeza y extiende la frente”, con otras muchas injurias. Él lo llevaba todo con tanta serenidad y gusto como si estuviera en las mayores fiestas del mundo, que a los mismos herejes admiraba. Alzó algunas veces los ojos, pero al cielo solamente, dando muchas gracias a Dios por haberle hecho digno de padecer contumelias por su nombre. Decía con gran ternura y afecto: “Señor, ¿qué merecimiento hay en mí para que padezca por ti?”. Al fin se cansaron los tiranos de maltratar a los siervos de Dios, no ellos de sufrir, antes se animaban con mayor fervor unos a otros. Esmerábase entre todos este bendito hermano Pedro Fernández, animando a los demás con su alegre rostro, raro ejemplo y fervorosas palabras, diciendo que no podían esperar en el mundo mayor bien, ni más digno de un cristiano. Allegaron algunos a disputar con los siervos de Dios, proponiéndoles varias cuestiones, a las que ellos respondían mejor que quisieren los herejes. Uno entre ellos les dijo: “¿No veis, papistas, cómo estáis cautivos y en nuestra mano y potestad? ¿Para qué rogáis a los santos y a la Virgen, pues no os libran de nuestras manos?”. A esto respondieron los santos confesores de Cristo: “Si nos conviniera vivir más, la Virgen y los santos nos librarán de la muerte y de

vuestras manos. Pero porque nos está mucho mejor morir por la fe verdadera, por eso es gran merced que no nos libren, sino que muramos todos”.

Pareció a los infieles blasfemia esta divina filosofía de los siervos de Dios, y empezáronles á escupir y echar en sus modestísimos rostros asquerosos flemones envueltos en mil baldones e injurias. Uno de aquellos herejes dijo al hermano Alonso Fernández, que había hablado con más libertad: “Por esta respuesta solamente has de morir, maldito”. El santo confesor respondió en nombre de todos, como superior, a quien los demás habían elegido por tal después de muertos los otros dos Padres, y dijo: “No solamente yo, pero todos mis compañeros, estamos muy determinados a morir cuando Dios fuere servido”. “Pues esperad poco — dijo el hereje,;— perros infames; yo os quebraré la cabeza y arrojaré en el mar”. Fuéronse a cenar los herejes, y entre tanto dieron con mucho más afecto gracias al Señor, sus siervos, por lo que padecían por él y por la corona del martirio que ya esperaban por momentos.

El entretenimiento que tuvieron los herejes después de cenar, fue coger aquellas víctimas consagradas para el cielo y echarlas, no en el fuego, sino en la mar, cuyas muchas aguas no pudieron extinguir las llamas de su caridad. El fervoroso hermano Pedro Fernández y el hermano Juan Álvarez luego se hundieron por no saber nadar; los otros cinco se juntaron y exhortaron unos a otros a morir por Jesucristo, hasta que acabándoseles las fuerzas y el aliento los tres de ellos, diciendo: “Tibi soli pecabi”, e invocando el nombre de Jesús, por cuyo amor morían, se hundieron sus cuerpos debajo de las aguas, pero sus almas volaron a los cielos. De los otros dos, el uno, que se llamaba Diego Hernández, nadó tanto, que llegó a uno de los bajeles franceses más pequeño, donde fue acogido y amparado por voluntad del Señor. El otro, que se llamaba Sebastián López, quedó en el mar de noche y muy oscura y cayendo mucha agua del cielo. Pero viendo de lejos, como a una media legua, en uno de los navíos luz, siguiéndola los alcanzó y rogó a los de dentro que le ayudasen y acogiesen. Halló malas palabras y peores obras (como suelen ser las de los herejes, y por postrer remedio se fue a una de las barcas o esquifes que llevaban, y en él fue admitido de un hombre que, aunque era hereje y enemigo, no era tan cruel ni furioso como los demás, y, en fin, tenía algo de hombre. Este le acogió y escondió en un rincón, dándole de comer y vestido con que se cubriese. Los que murieron en esta nave fueron doce: el Padre Pedro Díaz, el Padre Francisco de Castro y los hermanos Alonso Fernández, Gaspar Gois, Andrés País, Juan Álvarez, otro Pedro Díaz, Hernando Álvarez, Miguel Aragonés, Francisco Paulo, Pedro Fernández y Diego Carballo, a quien otros llamaban González o Gonzalo, y los demás que escaparon nadando (de los cuales y de otros se supo este discurso) se llamaban Sebastián López y Diego Hernández, como está dicho. No se contentaron los herejes esta vez ni la pasada, con derramar la sangre inocente de tantos siervos de Dios, porque defendían y predicaban su santa fe

católica; también mostraron su rabia y furor contra el mismo Dios y contra sus santos, porque habiendo hallado algunas reliquias e imágenes de santos y Agnus Dei y cuentas benditas y otras cosas de devoción (que los nuestros llevaban para su alivio y consuelo y para despertar la piedad de los fieles del Brasil), contra todas ellas mostraban los herejes su impiedad y aborrecimiento, arrastrándolas, pisándolas y haciendo en ellas todo el escarnio y ultraje que podían, y finalmente, echándolas en la mar, para que por sus mismas obras conociéramos quién es el que los guía y mueve a hacer cosas tan impías, crueles y lastimosas. Quemaron también las reliquias que tocaron, diciendo mil blasfemias. Después de veinte días hallaron dos imágenes, una de la Virgen y otra del arcángel San Gabriel; a la imagen de la Virgen la cortaron la cabeza, la cual trujeron por toda la nave haciendo grandes escarnios. No disimuló Dios la atrocidad de estos hombres, porque el principal tirano Cadavillo, fue después muerto en su misma patria de un alabardazo ³.

Después del martirio de los 40 los piratas llegaron a San Sebastián de La Gomera (Canarias) en son de paz. El conde de La Gomera, don Diego de Ayala, le exigió al pirata la entrega de los 28 miembros de la tripulación y algunos pasajeros que tenía prisioneros. Una vez que estos liberados llegaron al puerto de Funchal en la isla de Madeira, contaron a todos lo sucedido a los 40 mártires.

El mismo día del martirio, santa Teresa de Jesús tuvo la visión estando en éxtasis en el convento de Toledo. En ella vio abrirse el cielo y en medio de una inmensa luz vio entrar en el cielo a los 40 mártires con palmas en las manos y coronas en la cabeza. Ella reconoció con gran alegría a su sobrino Francisco Pérez Godoy y por sus hábitos afirmó que todos eran jesuitas. Esto se lo contó a su confesor el padre Baltasar Álvarez. Al poco tiempo todos reconocieron ser verdad; cuando llegó la noticia. Y esto viene referido en la vida de Santa Teresa escrita por Monseñor Diego de Yepes; que también fue un tiempo confesor de la santa. Esta visión de santa Teresa fue examinada en la Sagrada Rota Romana y aceptada como verdadera.

Por otra parte el mismo día de su muerte, se apareció el padre Ignacio a su menor hermano Jerónimo, que estaba en las Indias Orientales, y le notificó que había sido asesinado por los herejes ⁴.

El padre Eusebio Nieremberg refiere: *El mismo día que sucedió el martirio de estos santos religiosos, se le reveló nuestro Señor a su gran sierva*

³ Nieremberg Juan Eusebio, *San Francisco de Borja*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1901, pp. 306-317.

⁴ Antonio Cabral, *Relazione della vita e martirio del venerabile padre Ignazio de Azevedo con altri 39 della Compagnia di Gesù*, 1743, pp. 172-175.

Santa Teresa de Jesús, a la cual mostró el triunfo con que entraban en el cielo aquellas santas ánimas. Vio a todos muy gloriosos y adornados con coronas y hermosísimas aureolas de mártires de Cristo, para reinar con él por toda la eternidad, pues compadecieron con él como habla el apóstol. Conoció en aquella gloriosa procesión a un pariente de la misma Santa Madre, que fue uno de los que murieron en manos de los herejes. Quedó muy consolada y regalada de Dios santa Teresa con este favor, pero no fue esta sola revelación la que hubo de la gloria de estos dichosos Padres, porque a otras personas santas se la manifestó nuestro Señor ⁵.

El padre Gil González, jesuita, nos dice: Siendo este testigo provincial de la Compañía en Castilla la Vieja supo cómo yendo al Brasil 40 padres y hermanos de la Compañía, los mataron gente de la Baldomesa (piratas) entre los cuales iba un hermano deudo (pariente) de la Madre Teresa (de Jesús). Y por esta causa con gran cuidado tenía cuenta de encomendarlos a Dios. Y dijo cuándo los martirizaron antes que se supiese acá por cartas su muerte, que los había visto con coronas de mártires en el cielo, lo cual dijo a su confesor, que era el padre Baltasar Álvarez ⁶.

El Papa Benedicto XIV por bula del 21 de septiembre de 1742 reconoció el martirio de los 40 mártires. El 11 de mayo de 1854 el Papa Pío IX los beatificó a los 40. Su fiesta es el 15 de julio cada año. Los otros 12 que murieron también mártires en el barco en que iba el futuro gobernador Vasconcelos y que fue asaltado, no han sido hasta ahora beatificados, pero están en camino.

En la actualidad en Tazacorte (Canarias) hay en el fondo del mar cuarenta cruces de piedra a 20 metros de profundidad, que recuerdan este triste episodio, humanamente hablando, pero de gloria y triunfo para Dios, la Iglesia, la Compañía de Jesús, España y Portugal. Es de anotar que aparte de los dos sacerdotes, todos tenían entre 15 y 30 años. Entre los beatos había 32 portugueses y 8 españoles. Francisco Pérez Godoy era el sobrino de Santa Teresa de Jesús.

⁵ Nieremberg Juan Eusebio, *San Francisco de Borja*, o.c., p. 317.

⁶ *Procesos de beatificación y canonización de santa Teresa de Jesús*, editados por el padre Silverio de Santa Teresa, tres tomos, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1934-1935, Proceso I, p. 379.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído este librito sobre la suerte de los 52 mártires jesuitas, misioneros del Brasil, aunque nunca hubieran estado en ese país, podemos decir que Dios puede cumplir nuestros deseos mucho más de lo que podemos imaginar. Santa Teresita del Niño Jesús nos hace reflexionar sobre el sentido de la vida. Nos dice: *La vida pasa, la eternidad avanza a grandes pasos y pronto viviremos de la misma vida de Jesús. Pronto veremos nuevos cielos, un sol más radiante alumbrará con sus resplandores, mares celestiales y horizontes infinitos, la inmensidad será nuestro dominio, no estaremos prisioneros en esta tierra de destierro, todo habrá pasado. Bogaremos por mares sin orillas*⁷.

La vida no es un tiempo de juego ni de diversiones. Es un tiempo que Dios nos da para cumplir nuestra misión personal. Cada uno tiene su propia misión en este mundo. Cada uno debe cumplirla y nadie lo puede hacer por él. Es una misión personal e intransferible. Dios no nos crea en serie, Dios no hace fotocopias, Dios no hace vidas sin valor o sin una misión determinada. Todos tenemos que vivir y cumplir nuestra misión. Al final Dios nos pedirá cuentas.

¿Por qué unos cumplen una misión que parece más gloriosa e importante que otras? Solo Dios puede responder. Solo Dios decide la misión que le corresponde a cada uno y a cada uno le da las gracias necesarias para cumplir su misión. Por eso, desechemos la envidia y cumplamos bien nuestra misión. Y demos gloria a Dios por los que tienen otra misión más importante y gloriosa y la están cumpliendo a gusto de Dios. Pero no olvidemos que Dios espera mucho de cada uno de nosotros y espera que demos lo máximo posible, que saquemos en todo sobresaliente, que no seamos mediocres, que no vivamos solo para este mundo, sino para la eternidad, donde Dios nos espera. Ser mártir es una gloriosa misión que se completará en el cielo, intercediendo por los que viven en la tierra. En el cielo no vamos a estar como vagabundos o turistas sin trabajo. Debemos trabajar para ayudar a nuestros hermanos de la tierra de acuerdo a la capacidad de amor y felicidad que hemos adquirido durante nuestro tiempo en la tierra. Conclusión: Vivamos para Dios, vivamos para la eternidad y que un día podamos decirle a Jesús: *Señor, misión cumplida* y él nos responderá: *Te felicito, hijo mío, has cumplido bien tu misión, pasa al banquete de tu Señor. Ven, bendito de mi Padre, a gozar del reino eterno que te he preparado desde el principio del mundo. Amén*

Que Dios te bendiga y te haga santo. Es mi mejor deseo para ti.

⁷ Carta a su hermana Celina del 12 de marzo de 1889.

